

#9 April-78

PEDRO MARQUINA

PAPEL IMPRESO

POESÍAS

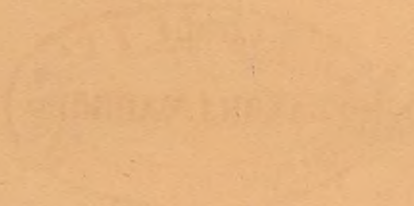
19676
Hoy 18 4/7
~~2016~~

MADRID: 1878

CASA EDITORIAL DE J. C. CONDE Y COMPAÑIA

Cafios, 1

53-5^a bi-



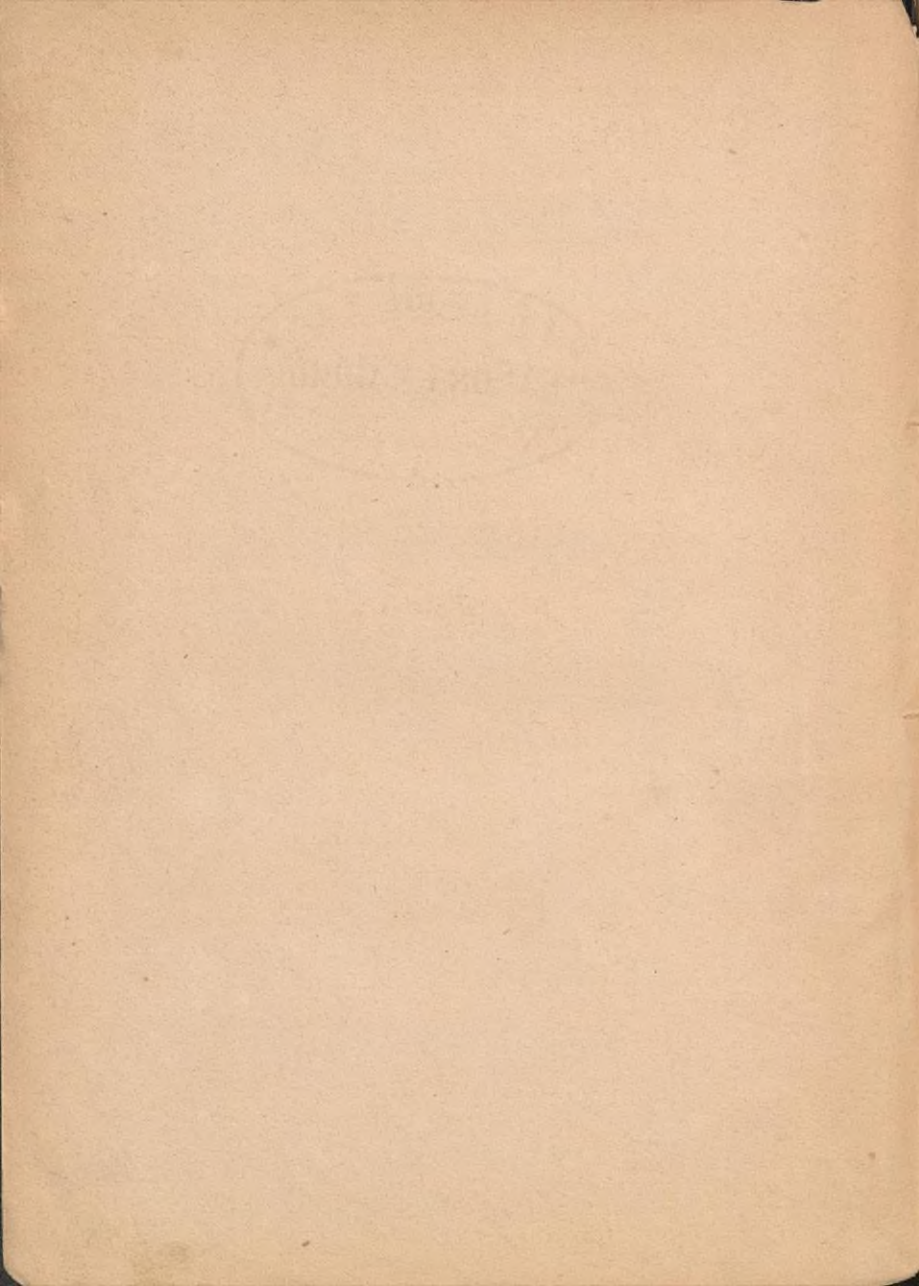
~~XXXXXX~~ 647-1396

~~3016~~

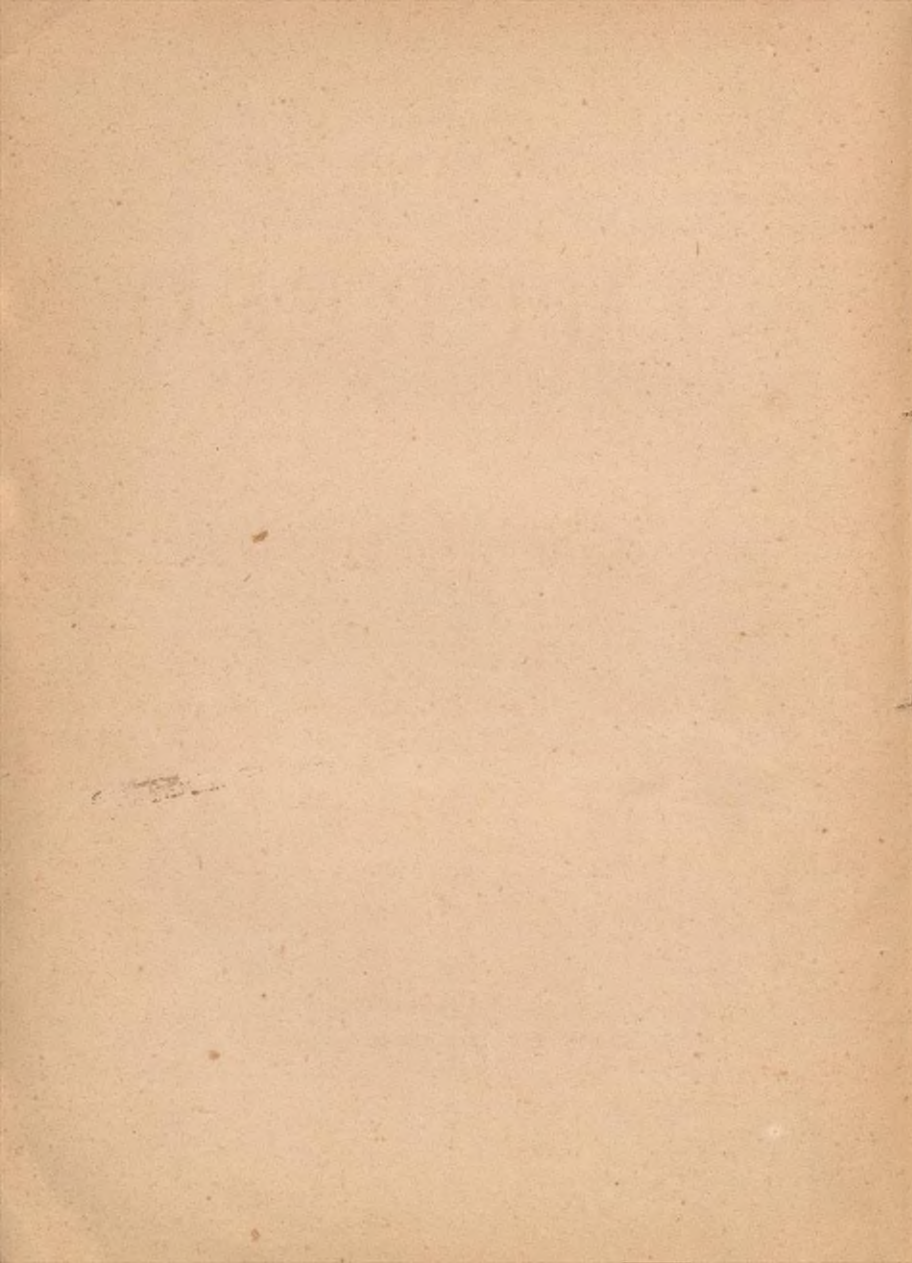


19676

(Ley 1847)



POESÍAS



PAPEL
IMPRESO

POESÍAS

POR D. PEDRO MARQUINA

José L. Conde y C.^a

MADRID: 1878.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. C. CONDE Y C.^a

Caños, 1.

Ref. p. 474. Oct. 29.

A LA DISTINGUIDA POETISA

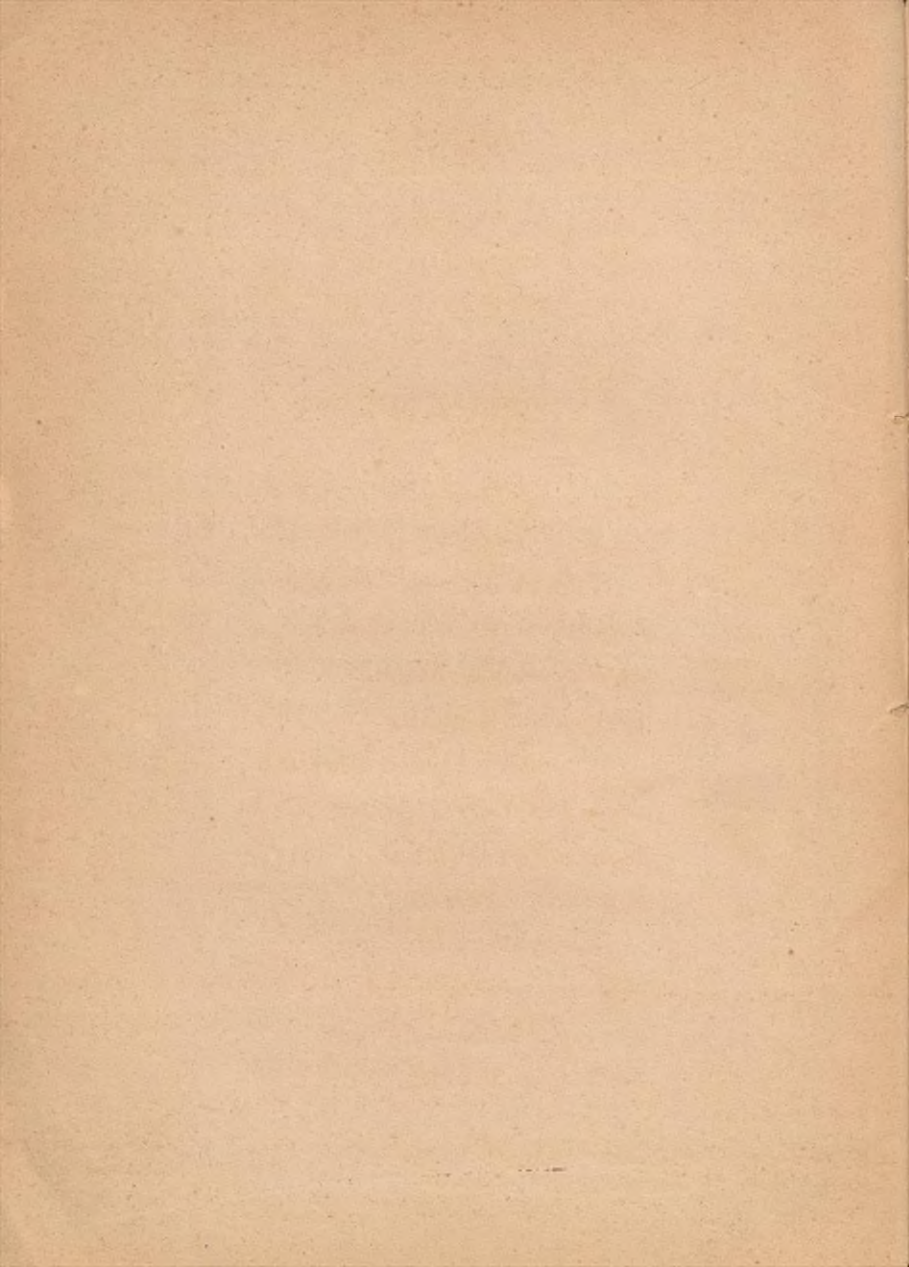
LA

SEÑORA DOÑA ADELAIDA DEL POZO DE GUERRERO

Al coleccionar en un tomo varias de las poesías que tengo escritas, he pensado dedicáros las, más que por el valor que ellas tienen, para obligaros á que no abandoneis ni deis al olvido el cultivo de las letras, que puede llevaros á ocupar un lugar distinguido en el templo de la Gloria. Aceptadlas, pues, Señora, como una débil muestra de la amistad y gratitud que con justicia tributa hoy el que

B. S. P.

Pedro Marquina.



CERVANTES.

Hubo un hombre, cuya historia
asombro es del pensamiento;
en él consiguió el talento
personificar la gloria.

Un hombre á quien con razon
todos han dado en llamar,
eminente en el pensar
y grande de corazon.

Rieron al ver su llanto,
y él perdonó tanto mal,
que aquel hombre sin igual
tenia cosas de santo.

Sumido en amargo lloro
luchó contra el desengaño,
y en cambio de tanto daño
legó á su pátria un tesoro.

Un libro que á las naciones
más remotas ha llegado;
nuevo sol por él creado
para alumbrar sus prisiones.

Sátira en formas galanas
bajo el nombre de *El Quijote*;
justo y formidable azote
de las miserias humanas.

Aquese libro fecundo,
para que á todos asombre,
tiene por actor el hombre
y por escenario el mundo.

Debe llamarse en verdad
asombro de criaturas,
quien tan sólo en dos figuras
retrató á la humanidad.

Su libro no celebraron
los ingénios que le vieron;
los unos no lo entendieron,
los otros no lo estudiaron.

No fué culpable el desden
de aquel Parnaso español.
¿Cómo han de admirar al sol
los ojos que no lo ven?

Para Miguel no fué apuro
aquel proceder villano;
pues con ánimo cristiano
se encomendó á lo futuro.

Y si puede haber venganza
noble, al par que esclarecida,
ved si se la dan cumplida
Don Quijote y Sancho Panza.

Esas dos luces brillantes
dicen á la gente estraña:
primera nacion ¡España!
primer español, ¡Cervantes!

¿QUIÉN ES ZORRILLA?

¿Quién es Zorrilla? Nadie lo sabe;
él de sí mismo tiene la llave.

—

¿Quién es Zorrilla? El resumen
de esa intrincada armonía
que se oye durante el día
en el mundo resonar;

la fantástica figura
que á los rayos de la luna
va recogiendo una á una
todas las ondas del mar.

*
* *

El que en el rayo de la mañana
traspasa el vidrio de tu ventana.

—

Mariposilla
sombra que pasma;
aire ó fantasma,
luz ó vision,
por el camino
que va á la gloria
canta la historia
de una ilusion;

Y los secretos del alma sabe,
porque del alma tiene la llave.

*
* *

¿Quién es Zorrilla? El cantor
que en medio del Oceano,
con aliento soberano
congrega la humanidad.
El que siguiendo del génio
la libertadora ley,
canta la historia de un rey
y de un pueblo la orfandad.

*
* *

El ave errante que va á cantar
todas las noches á Miramar.

El que do quiera
cantando amores
en bellas flores
convierte el hielo.
Por donde pasa
su voz serena,
quita una pena,
deja un consuelo.

*
* *

¿Quién es Zorrilla? Nadie lo sabe,
pero del alma tiene la llave.

¿Quién es Zorrilla? El fantasma
que se alza en mística grada,
con el dedo en la portada
del libro del Redentor.

El trovador de María
que en ella se fué á inspirar,
el que trajo á nuestro hogar
los cantos del trovador.

*
* *

El que en el cielo tiñe la pluma
y abre con ella la negra bruma.

—

De las hermosas
el consejero,
el jardinero
del corazon;
el que de noche
piensa ó reposa
sobre la losa
de un panteon.

*
* *

¿Dónde se inspira? Nadie lo sabe,
él de las tumbas tiene la llave.

—

¿Quién es Zorrilla? El poeta
que á otros poetas envía
diluvios de poesía,
torrentes de inspiracion;
imposible concebido
en el pensamiento humano;
era de un pueblo cristiano,
época de una nacion.

*
* *
*

Nombre que lleva rodando el viento
por todo lo ancho del firmamento.

—

Vuela del mundo
sobre el misterio
y al cementerio
llega á cantar;
abren las tumbas
los que allí moran,
y se incorporan
para escuchar.

*
* * *

¿Dónde se inspira? Nadie lo sabe,
el de sí mismo tiene la llave.

Oid el eco sombrío
de su cítara argentina,
á cuyo son se adivina
el alto sér Creador;

ved cual salen de su lira
amargura, risa, llanto,
venganza, placer, quebranto,
tempestad, guerra y amor.

—

¡Ira de Dios! ¿Quién ha dicho
que el sol de España no brilla?
¡No puede cantar Zorrilla
sin que salga á oírle el sol!
Por eso, lleno de orgullo,
aunque con lira indiscreta,
doile un viva por poeta
y otro por ser español.

EL QUINTO.

Ojos que te vieron ir
camino de Buenos Aires;
¿cuándo te verán venir
por aquellos altos mares?

CANTO POPULAR.

De su ignorado rincón
sale el quinto á quien le toca,
con el cantar en la boca
y el llanto en el corazón.

Lleva en su rostro la calma,
pero, al ceñirse el morral,
de su puerta en el umbral
nota que parte sin alma.

Un hombre y una mujer
salen á verle partir;
ojos que le vieron ir,
¿cuándo le verán volver?

Ocho años pasaron ya,
desque el quinto se marchó;
há ocho dias que escribió
diciendo que volverá.

Porque su dicha se vea,
los padres, llenos de gozo,
van con la carta del mozo
corriendo toda la aldea.

Por fin llegan á obtener
lo que á Dios dan en pedir;
ojos que le vieron ir,
¡por fin le verán volver!

A ver van desde el collado,
que hay á la aldea vecino,
si ven al fin del camino
la cinta de un licenciado.

Mas la cinta no se ve;
y en vano esperan los viejos,
que no se oyen á lo lejos
los cantos del que se fué.

Vuelven al oscurecer
y se les oye decir:
ojos que le vieron ir,
¡por qué no le ven volver!

Tras de tantas ilusiones
una carta el padre tiene;
es una bala, que viene
á partir dos corazones.

A otro quinto le pidieron

de aquel secreto la llave,
y él dice ¡murió! y no sabe
á dónde sus restos fueron.

Y con hondo padecer
se les oye repetir:
¡Ojos que le vieron ir,
ya no le verán volver!

LA DESCONOCIDA.

—¿Quién ha tocado tan de mañana
en los cristales de mi ventana?

—Una pobre caminante;
una mujer desvalida
que va cruzando la vida
de sus hermanos en pós.
Enfermos y avergonzados,
y resueltos á sufrir,

no se atreven á pedir
¡una limosna por Dios!

—

—Pues si se amparan
de tus gemidos,
¿por qué á tí unidos
todos no van?

—Mia es su angustia,
suyo es mi llanto;
bajo mi manto
todos están.

—

—¿Tantos pesares tu manto encierra?
—Sí; que es tan ancho como la tierra.

—

—¿Pues cómo llevando en tí
tan peregrino portento,
no muestras tu valimiento
y absorbes la creacion?
—Sueño es el poder del oro;
y yo, que jamás dormí,
á remediar vengo aquí
los sueños de la ambicion.

—

—¿No eres humana?
—Vivo en el hombre.
—¿Cuál es tu nombre?
—No sé quién soy.
—¿Dónde naciste?
—Nunca he sabido
dónde he nacido
ni á dónde voy.

—

—¿Eres suspiro de alguna maga?
—Soy un consuelo que errante vaga.

—

—Muéstrame tu rostro.

—No.

—Tendrás cara de hechicera.

—Tan sólo á la cabecera
del pobre me descubrí.

—¿Hiciste místico voto
de no mostrar tu belleza?

—No; mas sólo la pobreza
debe conocerme aquí.

—

—No así encubierta
me des enojcs;
muestra tus ojos,

calma este afán.

—Ved á los pobres

en mi regazo;

dadme un pedazo

de vuestro pan.

—Pues dí, ¿quién eres?

—Un sér que llora,

la humilde hermana del que me implora.

La que en guerras y epidemias,

y plagas é inundaciones,

de los buenos corazones

siempre camina á la par.

La que detrás del espanto

que hace enmudecer las artes,

aparece en todas partes
las lágrimas á secar.

—

Sin ser humana
vivo en el hombre;
ni sé mi nombre
ni sé quién soy:
y aunque te estrañe,
nunca he sabido
dónde he nacido
ni á dónde voy.

—

—¡El cielo os guie! Mi pan tomad.
—Yo soy tu hermana; La Caridad.

¡ÁNGEL DE PASO!

Á LA MEMORIA DE LA NIÑA CLOTILDE.

EN EL ALBUM DE SU PADRE D. FRANCISCO DOMINGO.

Se abrió la puerta del cielo;
vistióse el mundo de galas,
y ángel de nítidas alas
se vió á la tierra bajar,
como esas blancas palomas
que descienden del espacio,
á fabricar su palacio
en la sombra del palmar.

Mas desde su nido amado,
del sol á los resplandores,
el ángel vió los horrores
de nuestro pobre existir:
y á la luz del primer rayo
de la aurora de su vida,
desde su breve guarida
viósele al cielo subir.

—

Esta es, Clotilde, tu historia,
y no me sorprende el caso;
pues los angeles de paso
que van de la gloria en pós,
volando salen del cielo;
se detienen un segundo
para dar un beso al mundo
y vuelven volando á Dios!

Á UNOS OJOS.

Ojos que así me mirais
y que traspasais el alma,
robando, impíos, la calma
del corazón que os burlais.
Más dulces y sin enojos
miradme por un momento;
después moriré contento
muerto por tan bellos ojos.

LA FÉ.

A los treinta años cegó
un pobre, y al verle andando
por las calles tropezando,
otro hombre le preguntó:
—¿Sin luz, cómo hallais consuelo?
Y él dijo en tono profundo:
—El sol es la luz del mundo,
la fé es la antorcha del cielo!

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
D. FRANCISCO GARCÍA FRANCO.

EN CELEBRIDAD DE SUS DIAS.

Ni las parleras aves á la aurora;
ni las pintadas flores al rocío;
ni el campo al sol, que sus espigas dora;
ni al dulce bienestar el pecho mio;
ni el sediento al lugar en donde mora
fuente escondida ó cristalino rio,
tanto desean, como aqueste dia
deseó con afan la musa mia.

¿Qué fuera del esfuerzo soberano
del que al luchar contra su ruda suerte,
vencer su crueldad pretende en vano
y en desvarío su valor convierte,
si el doble apoyo de potente mano
no le salvase, cuando ya la muerte
al contemplar del triste la locura
le prepara ignorada sepultura?

—

Y si hasta el borde del inmenso abismo
al hombre lleva su mortal quebranto
y con terror huyendo de sí mismo,
por encontrar un término á su llanto,
cuando ya va á morir con heroismo
se siente asido por esfuerzo tanto
que le arranca del negro precipicio,
¿cómo no agradecer tal beneficio!

—

.....

Como aquel solitario caminante
que á hospitalario albergue se avecina,
y á descansar detiéndose un instante
sentado al pié de la robusta encina,
á la hora en que baja el sol brillante
las flores á besar de la colina,
así un momento en brazos de la calma
mirando el bienestar, descansa el alma.

Gozemos hoy; despues, como el viajero
que los párpados abre con la aurora,
y comienza de nuevo su sendero
cuando los altos campanarios dora
la luz del sol, y el tímido cordero
trisca junto á la fuente bullidora,
emprenderé la senda interrumpida
de este penoso viaje de mi vida.

Hoy al dintel me llevo de esa puerta
y llamo como pobre peregrino,
pues de flores mirándola cubierta
que celebrais *los días* imagino;
párase aquí, señor, mi planta incierta
y proseguir no quiero mi camino,
sin que os dedique la canción sentida
que se escapa del alma agradecida.

—

Bajo el tosco sayal traigo la lira,
inseparable y dulce compañera,
que habla á mi corazón cuando le inspira
el río, el monte, el valle, la pradera.
Así de cuando en cuando se respira,
la cruz de la existencia es más ligera,
y el pecho en armonías desahogando
tras el dedo de Dios vamos andando.

—

Este es, señor, del trovador errante
el venturoso canto de alegría;
aún me resta una gota de la amante
esencia del placer, que al alma mía
un tiempo perfumaba si á este instante
léjos de mí tornáseis algun día
entre el bullicio de la vida inquieta,
conservad la memoria del poeta.

LA IMPRENTA MUDA.

EPÍSTOLA.

«Y si quereis que el universo os vea,
»dignos del lauro en que ceñís la frente,
»que vuestro canto enérgico y valiente
»digno tambien del universo sea.»

QUINTANA.

Respira ya, Manuel; tras de la bruma
que arrojó sobre el órden la anarquía
libertando al exámen y á la pluma,
luce esplendente el venturoso dia
que, paso abriendo á la razon sincera,
á nuevos triunfos al progreso guía.

Ya de la turba que insensata y fiera,
desde sus disolventes barricadas,
terror de honrados laborantes era,

la voz no suena; ya las algaradas
del rebelde que en luchas fratricidas
vertió el terror en bélicas jornadas,

hallaron fin; partidos y partidas,
al santo grito de la pátria atentos,
juran que sólo ofrecerán sus vidas,

humillados por tales escarmientos,
ante el ara comun, ante el concurso
de aquesos venerados monumentos

que á la libre opinion abriendo curso,
inmortalizan con su noble ejemplo
las múltiples hazañas del discurso.

Ya de la paz inaugurado el templo,
de incienso y mirra por do quier cercados,
los bendecidos héroes contemplo.

«¡Oh mártires sublimes, ignorados
en el polvo del campo de batalla!
«¡Oh hermanos de Jesús asesinados!

«Mi pobre pecho de dolor estalla,
«al mirar que ha costado tantas vidas
«lo que quizá ante el oro cede y calla.

«Aquellas horas para el bien perdidas;
«aquellos brazos del trabajo huidos;
«esas vegas á yermo reducidas;

«ecos de la miseria, hondos gemidos,
«lanzados por hermana, esposa y madre,
«del hambre devorante á los latidos,

„¿Quién puede recordar, sin que taladre
„su máquina carnal tanta agonía?
„¿Quién es á quien el llanto no le cuadre!“

Esto dirás, Manuel; por vida mia
que porque te conozco lo he pensado,
adivinando tu amargura impía.

Mas no, cual siempre juzgues obstinado;
que mientras vives de tu pátria léjos,
tu pátria va al progreso deseado.

Ya los dias de ayer se hicieron viejos,
y aquel sol que mirabas entre nubes,
triumfante y libre estiendo sus reflejos.

Nos ama Dios; nos cantan los querubes;
y del *Te Deum* en el santo coro,
si hasta la iglesia el pensamiento subes,

ves el himno de paz, bello y sonoro,
que nos ofrece bienestar sin cuento
y de indulgencias sin igual tesoro.

Este cambio, Manuel, es un portento;
nada queda de aquellas heregías
que maldijo tu pobre pensamiento.

Ya huyeron de su alcázar las arpías
que á la caliente sangre convidaban
al son de parodiadas letanías.

Los que á los inocentes engañaban
para poner su pié sobre sus pechos,
ya el interés comun no menoscaban.

Derrotados, inútiles, deshechos,
no vuelven á encontrar sus pedestales,
ni ya dueños serán de los cohechos.

Ya no hay que lamentar aquellos males;
las cábalas infames que ejercian,
en sus particulares tribunales,

los que á la augusta ley odiosa hacian,
y para ver triunfantes los engaños
el curso de la imprenta entorpecian.

No en balde el tiempo, al empujar los años,
severo corta el paso á la violencia,
valla poniendo á los antiguos daños.

¡Bendita la sagrada Providencia
que, al prócer deteniendo, abre camino
de Guttenberg á la sublime ciencia!

Cambiando de papel nuestro destino,
se nos ofrece amigo y nos señala
del cortesano el proceder ladino.

La humilde voz del sacerdote, exhala
en el templo, sin vil hipocresía,
la doctrina que á todos nos iguala.

Los valerosos pechos en que ardía
el ódio personal ó de partido
nobles apagan su pasión impía.

Equitativamente repartido
el pan de la nación, ni envidias veo,
ni encuentro un comedor inmerecido.

Abundante el metálico, al deseo
tan pródigo se ofrece, que tomarlo
se ha llegado á tener por vicio feo.

¿Quién si tiene papel piensa en cambiarlo?
Del bien sentado crédito vivimos
y casi no es posible el aumentarlo.

Cuando á paseo ó al café salimos,
mil voces nos ofrecen el dinero,
y desdeñando el oro, nos reimos.

Que no es posible triunfo más entero,
ni se puede gozar de más favores
en este terrenal, perecedero

valle fecundo en lágrimas y horrores;
pues con frecuencia ves *por dos reales*,
ofrecer *quince mil* los voceadores.

No llores, pues, Manuel, por los leales
que peleando la existencia dieron,
por conquistarnos beneficios tales.

Ellos, *bien de la pátria* consiguieron,
y en cambio ahora su sepulcro orlamos
con el *verde laurel* que merecieron.

¡Gloria á la paz y paz á los que honramos!
y eterna gratitud á los patriotas
do tales beneficios encontramos.

Ya del tirano las cadenas rotas:
derrotado el absurdo monopolio,
el himno popular lanza sus notas.

Y, de la libertad llegando al sólio
de los hijos de Apolo, el númen santo
elabora mil páginas en fólio.

Ya no denuncia el público quebranto
con elevado estilo el periodista,
ni hay deportados que vertiendo llanto,

desde ignota region tiendan la vista
al hogar que entre lágrimas dejaron
arreatados como seca arista

por los vientos que audaces provocaron.
Todos ya libres de la antigua pena
al dulce abrigo de la paz tornaron.

La Agricultura sus graneros llena;
multiplica el comercio sus caudales;
y la industria sus máquinas enfrena,

pues tantos son del oro los raudales,
que teme el fabricante que el obrero
se dé al ócio por sobra de jornales.

¡Oh sublime epepeya del dinero!
Vuelve, Manuel; el porvenir te escuda,
vuelve á este paraíso verdadero.

Vuelve, amigo, que todo aquí te ayuda
á prosperar, pues tal el cambio ha sido,
que los padres del pueblo agradecido
la política imprenta, tornan muda.

EL CERRO DE LA MUERTE.

«Ya se van los quintos madre,
por la puerta de Alcalá.»

(Canto popular.)

¡Cuán bella está la aldea, revestida
su estensa vega de olorosa grama!
La mies ostenta su potente vida,
y en la florida rama
del almendro gentil, canta el jilguero
al perfumado Abril su himno primero.
Las ondas cristalinas
que el viento riza en el tortuoso río,

lamiendo las nacientes clavellinas
en que guarda sus perlas el rocío,
caminan hácia el mar, bañando el prado
de violetas y mirtos tapizado.

Allá en el huerto, la vetusta parra
cubre con verde manto su esqueleto;
mas la negra pizarra
que corona aquel cerro, hace incompleto
el vergel primoroso, donde impera
con rica ostentacion la primavera.

¡Sábía naturaleza!

Como, quizá por prevenir su orgullo
muestras la fealdad á la belleza!
La ya agostada flor á su capullo;
al prado el arenal, la noche al dia,
y el lloro quejumbroso á la alegría.

En la plaza la alegre pandereta,
el tamboril, la flauta y las vihuelas,
los piés agitan de la turba inquieta,
y con su seco son las castañuelas

la voz apagan que en el pardo monte
eleva la desdicha al horizonte.

¿Qué pasa en aquel cerro? El de la muerte
le llaman los sencillos aldeanos,
sin que ninguno la razon acierte
de tan sombrío nombre; los arcanos
que sepulta; los dramas y los duelos
no explicaron al pueblo los abuelos.

Hay ciertas tradiciones
que del tiempo á través guarda el misterio;
y es que los compasivos corazones,
para amenguar su aterrador imperio,
no revelan su origen horroroso
por no turbar nuestro habitual reposo.

En el hueco agrupado
que forma el cerro entre su negra peña,
tres séres abrazados,
silenciosos, atentos á una seña,
con ánsia fijan la mortal mirada
en la senda que trunca la cañada.

—Allí me dijo ¡adios! el sér amado,—
dice al hombre la esposa prometida.

—¡Más allá me abrazó el hijo adorado!—
clama la anciana madre enternecida;
y el padre calla y finge estar sereno
y las oprime en el convulso seno.

—Bien lo recuerdo; por allí entonaba
su cancion favorita,
cuando el último adios al pueblo daba
al ocultarse tras la vieja ermita.

Virgen de los Pinares,
¡por Dios! torna á mi oido sus cantares.

—¿Qué ha sonado? Es su voz, su alegre canto;
¡hijo del alma mia!

Sal de mi pecho interminable llanto.

—¡Callad, madre, me mata esa alegría!

—¿Qué? ¿No será su voz la que distingo?

—Es que hay baile en la plaza: hoy es domingo.

—¡Baile! ¿Y se atreven á insultar mi lloro?
Callad por compasion, pechos de roca;

¿no veis que ha de nombrarme el sér que adoro
y si no escucho el ¡madre! de su boca
no podré contestarle, y aterrado
quizá muera creyéndose olvidado?

Y otra vez vuelve los cansados ojos
á la ermita, y llorosa la doncella,
mientras el viejo guarda sus enojos,
vé con dolor palidecer su estrella,
y lloran sin cesar las desdichadas
por aquel tronco humano cobijadas.

—¡Oh, bárbaro tormento!—

dice en su corazon aquel anciano
de la desdicha combatiendo al viento:

—No me vedes la enseña del cristiano,
que si falta la cruz, á mi pupila
se derrumba esta carne que vacila.

—¡Allí está! Ya le veo.

—Yo tambien.—Yo tambien: allá en la senda;
ahora no es fingimiento del deseo.

—Pero, ¿qué negra venda

cubre mis ojos? ¡Ah! la noche viene.
Espera, sol. ¡Ay, Dios! No se detiene.

—No temas,—dice el viejo esperanzado.

—Yo he visto su canuto de hojalata;
el rojo pantalon del licenciado,
y la gorra y la cinta de escarlata,
que, pendiente del cuello,
pone á su libertad eterno sello.

—Ya ha llegado á la ermita.

¡Oh! ¿Por qué se arrodilla?—No blasfemes,
que la Virgen bendita
todo lo puede oír.—¿Acaso temes?...
—¿Quién sabe?—¡Oh Madre de Jesús amado!
Perdon, Madre, perdona si he pecado.

“Cantando saqué la bola;
“cantando dejé á mis padres;
“cantando vuelvo á la Virgen,
“la Virgen de los Pinares.”

—¡Ah! su cancion: es él; no hay duda alguna;
ya ha bebido en la fuente;

ya detrás se ha dejado la laguna...

ya sube por la cuesta; ¡arde mi frente!

¡¡Hijo mio!! ¡No es él!—¡¡Rayo del cielo!!—
exclama el pobre viejo sin consuelo.

—¿Qué pasa aquí?—pregunta el caminante.

—Contigo se marchó, ¿por qué no viene?—
dice la jóven, pálido el semblante.

¿Acaso te detiene

el temor? Habla ya; dinos si es cierto

que somos infelices.—¡Pues... ha muerto!

¡Oh maldito destino!

La jóven queda yerta;

el soldado prosigue su camino;

la madre está en el suelo, ¡inmóvil! ¡muerta!

y allá en la sombra, con terrible acento,

dice el aire, del viejo un pensamiento:

—Desde hoy te da la aldea

tu nombre con razon, monte sombrío;

cuando escrita esta página se vea,

será epitáfio del sepulcro mio.

Padres de los que saquen mala suerte,
no esperéis en el cerro de la muerte.

Y en el pinar distante
cantaba el licenciado caminante:

«No lloreis por los soldados
que á servir á su rey van;
que valen más que la vida,
la pátria y la libertad.»

ANTE LA TUMBA
DE JULIAN ROMEA. ⁽¹⁾

Angel, que de la muerte en los umbrales
perenne velas el sepulcro frio
de los que fueron míseros mortales;
deja que el pobre pensamiento mio
en los claustros desiertos
se inspire, del alcázar de los muertos.

(1) Esta poesía fué leída por Doña Salvadora Cairon de Valero, en el teatro Español en la noche del 19 de Febrero de 1877, celebrándose el natalicio de Julian Romea.

¡Todo acabó! La fúnebre campana
sus vagos ecos en el viento ondea;
el terrible mañana
abrió sus puertas para el gran Romea;
artista peregrino
llegó al confin del mundanal camino.

Amigos y contrarios,
su muerte lloran con dolor inmenso,
y ante su tumba entre tributos varios,
á darle vienen mundanal incienso...
que lo bueno que el hombre ha conseguido
sólo lo aprecia cuando lo ha perdido.

Rinde el mundo tributo
al dolor; enmudece la alegría:

el Parnaso español viste de luto;
el mármol cierra la mansion sombría,
y quedó muda y sola ante el misterio
que guarda la pared del cementerio.

No al pié de tan severo monumento
viene á verter el alma dolorida
lágrima estéril que arrebatada el viento;
no se llora la vida
cuando al fin de su senda transitoria
otra senda inmortal abre la gloria.

Aún oigo resonar en mis oídos
aquella voz de la verdad sublime!
Aún veo bronce palpitar, movidos
por la vida que su arte les imprime;

aún, muerto Cid de la española escena,
su voz, de asombro al universo llena.

¡Cuántas obras han muerto!
¡Cuántos poetas al silencio tornan!
¡Ay! ¡cuántas plumas célebres adornan
la breve cárcel de su cuerpo yerto!
¡Cómo es triste y sombrío
ver tanta soledad, tanto vacío!

¡Sombra gigante del actor fecundo!
¡Reuerdo venerado!
Si de su génio, el mundo
el peso colosal no ha soportado,
al menos su memoria
astro será de la española gloria.

Entre el aterrador, fúnebre coro,
con estruendo solemne se derrumba
del Teatro Español todo el tesoro,
de Lope y Calderon sobre la tumba,
y al sentir tan violenta sacudida,
el mármol gime con prestada vida.

Artista insigne, colosal, gigante,
en el templo del arte se cernía;
y perenne columna palpitante
una parte del templo sostenía.
¡Mas la traidora muerte hundió sus hombros
y una parte del templo se hizo escombros!!

Honremos la memoria
del malogrado sér que el mundo admira:

un momento salgamos de la escoria,
producto de la envidia y la mentira,
y con ánimo fuerte
celebremos la vida de la muerte.

Vanamente ha segado
la parca su cabeza;
que del hombre por Dios privilegiado
en el sepulcro la existencia empieza,
renaciendo entre cánticos de gloria
en el eterno mundo de la historia.

¡Oh! si yo fuese Dios por un momento,
perdóneme el Señor tanta osadía,
abrigando su helado pensamiento
á la vida otra vez le tornaríá;

que bien es digno de escepcion tan rara,
quien tantos séres del sepulcro alzára.

Mezquino panteon, ¿por qué blasonas
de aprisionar á génio tan fecundo,
si el peso colosal de las coronas
conque alfombraba su camino el mundo,
no te lo vengo á dar para ornamento
porque no se desgaje tu cimiento?

Quisiera (no os asombre
el vuelo audaz del noble pensamiento),
subir al sol para escribir su nombre,
luz aumentando al férvido elemento,
y *fijo allí*, que por la inmensa esfera
ese nombre *titan* la vuelta diera.

Ceñidas de fantásticos querubes
pueblan las ninfas el inmenso espacio;
de nacaradas y brillantes nubes,
alza el viento magnífico palacio,
y al soplo creador el sol inflama
célico trono en su potente llama.

Premio digno al talento
de aquel sér admirable y portentoso,
que sujetando el alma al pensamiento
trazó á la escena porvenir glorioso.
Ceñidle de laurel! Digna presea
del génio augusto de ¡Julian Romea!

LA REDENCION DEL HOMBRE.

Dicite in gentibus quia
Dominus regnabit á ligno,
All: dulce lignum, dulces
clavos, dulci ferens pon-
dera, quæ sola fuisti digna
justiciere Regem cælorum
et Dominum. Alleluia.

Con firme voz, aunque anegada en llanto,
en nombre del Señor de cielo y tierra,
el triunfo eterno de sus leyes canto.
En mi apenado corazon se encierra
la dulce sávia de la fé cristiana
que aclara las tinieblas del mañana.

Escuchadme, cristianos;
que aunque vaya en las turbas confundido,
todos somos hermanos.
Todos para hacer algo hemos nacido;
y yo, alabando á Dios en este día
os vengo á presentar la ofrenda mia.

Cumpliendo con el alto mandamiento,
doblada la rodilla,
mi pobre mente elevo al firmamento
donde la gloria del Eterno brilla.
Escuchad los clamores
que arrancan á mi pecho los dolores.

Pocas mis fuerzas son, grande el asunto
que escala mi bajeza,

pero si Dios un punto
admirar me permite su grandeza,
la voluntad de un pecho arrepentido,
llevar puede su voz á vuestro oído.

.....
¿Quién adivina el caos? ¿Quién concibe
los orbes en la nada?
Nadie, sólo percibe
nuestra idea asombrada,
el eterno existir de un Dios eterno,
creador de la Gloria y del Averno.

Todo lo hizo en seis días
con la sola expresión de su mandato;
la luz, la tierra, el agua, las umbrías

selvas, donde desato
mi dicha ó mi lamento
á la merced de su creado viento.

Por donde quiera que mi vista gire,
nada que sobre mira;
no hay cosa alguna donde no se inspire:
tan sólo causa ira,
ver que todo el portento concebido
por Dios, no es por el hombre agradecido.

En el momento mismo
en que empezó á gozar de tantos dones,
con pérfido egoísmo
se lanzó al negro mar de las pasiones,
cambiando el Paraíso regalado
por el mísero mundo del pecado.

¿Qué hiciste, Adan? ¿Qué hicisteis, sucesores
del malvado Cain? Cuán afligido
quedára el que arrojando sus favores
á vuestro corazon empobrecido,
vió repartida entre la humana gente
la herencia del ingrato impenitente.

—

„Mas no tembleis, cobardes insensatos,
„que á la soberbia uncidos
„y rebeldes de Dios á los mandatos
„os mirais por Luzbel prostituidos;
„que aun, por libraros de eternas penas
„dá á su Sér forma, y á su forma venas.

—

„Para cerrar la herida
„que os atormenta y redimir al mundo,

«el mismo Dios os prestará su vida
«sacando del profundo
«el alma atribulada,
«como supo sacaros de la nada.»

Dijo el Profeta:—«Estremeci6se el hombre,
y descendiendo al polvo de la tierra
de su Padre en el nombre,
vino Jes6s 6 terminarlo guerra
del torpe fratricida,
¡que aun rebelde lleg6ra 6 deicida!

Mirad la muchedumbre
admirando al Divino Nazareno,
como se admira la brillante lumbre
del astro rey, saliendo de entre el seno

de la fiera tormenta,
cuyos horrores mil la luz ahuyenta.

Mas, ¡oh dolor! ¡oh fiero desvarío
de la incredulidad! No era bastante
que Dios al pueblo impío
bajase á dirigir su voz amante.
No es mentira, no sueño;
su cuerpo pende del sagrado leño.

Sublime Redentor, Virgen María;
no es mucho que al mirar martirio tanto,
negro se torne el esplendente día
y al mar desborde tu copioso llanto.
¡Raza vil de Judea,
maldita tu impiedad, maldita sea!

Aterrados humanos,
venid á orar al pié de ese madero,
porque enclavado en él nos hizo hermanos
el Dios mártir, sublime y verdadero,
que de la paz en nombre
vertió su sangre por salvar al hombre.

EN UN ALBUM.

HOJAS DE OTOÑO.

Cual las hojas de otoño
son las venturas;
de una en una viniendo,
se marchan juntas.
A la postrera,
las alegrías huyen;
las penas quedan.

—

Los álamos se visten; se alfombra el prado;
cantan los pajarillos en la enramada;
caminan los pastores tras su ganado,
sin temor á los frios en la alborada;
y el monte, de la nieve ya despojado,
se cubre con las copas de sus pinares,
y rodean su falda verdes cañares.

—

Anida la abubilla
bajo el tomillo,
y saltando en las eras
canta el pardillo.
Todo es contento
bajo el manto azulado
del firman ento.

—

Van pasando los días con sus albores
en arrebol envueltos y en armonía;
cuantas más horas pasan, se ven más flores,
y más hojas ostenta la selva umbría,
y más alegres trinan los ruiseñores,
y más se va estendiendo por la pradera
el tapiz que elavora la primavera.

Ya los álamos tienen
todas sus hojas;
ya en tu faz peregrina
brotan las rosas.
¡Mi luz, mi estrella!
ya dominan tus ojos
toda la vega.

Como todos sus dones te dá el Estío,
los mancebos adoran en tu hermosura,
y causas mil tormentos al pecho mio,
y devoro en mis celos tanta amargura,
y en tí se vá aumentando tanto desvío,
que maldigo las flores de las laderas,
que en rendirte homenaje son las primeras.

.....

Se acabaron las flores;
se fué el verano;
melancólico y mústio
se torna el prado.
Ya tu semblante
no tiene admiradores
que le idolatren.

Ya marchitas las rosas de tu belleza,
palidecen sus hojas con tanta prisa,
que asombrada tú misma de su presteza,
compasion á los cielos pides sumisa;
no escucha tus clamores naturaleza;
en vano hácia mí vuelves los tristes ojos;
los que fueron amores, ya son enojos.

—

Cual las hojas de otoño
son las venturas;
de una en una viniendo,
se marchan juntas.
A la postrera,
las alegrías huyen;
las penas quedan.

Á LA DISTINGUIDA POETISA
DOÑA ADELAIDA DEL POZO DE GUERRERO.

EN SUS DIAS.

Pláceme en noche serena,
á la luz de un reverbero,
escuchar al caballero
que lanza al aire la pena
de su corazon guerrero.

Plácenme aquellas historias
de torneos y festines
y fantásticos jardines,
donde se cuentan las glorias
de los bravos paladines.

Y las leyendas del mar
con corsarios de fortuna,
que, el Océano al cruzar,
amando los vé la luna,
y el sol los vé guerrear.

Mas nada hay que preste asunto
de mi musa á la pobreza,
como esa sublime alteza
que se admira en el conjunto
del ingénio y la belleza.

En vos encuentran sustento,
dones de tanta valía;
pues por donde Dios os guía,
vais derramando el talento
como el sol la luz del día.

Y para más admirar,
así como en el Peñon
deja sus perlas el mar,
sembrando vais al pasar
pedazos del corazón.

Y no hay, sabiéndolo vos,
dolor que no consoleis,
ó pena que no alivies;
yo presumo que de Dios
algo en el alma teneis.

Pues con génio tan profundo
y tan cristiano desvelo,
no debeis ser de este suelo,
sino ángel que por el mundo
camina enseñando el cielo.

¿Cómo, pues, no he de sentir
inspiracion al cantar?
¿Cómo no he de celebrar
este dia en que á vivir
os miró el mundo llegar?

Pobre es la ofrenda, señora;
rubor me causa decillo;
pero ved que canto ahora
como el pobre pajarillo
que canta humilde á la aurora

Sean para vos los años
más largos que suelen ser
para este mundo los daños,
y nunca entre negros paños
mis ojos os puedan ver.

—

Y aunque falta de primor
la trova de este cantor,
que á vuestras plantas teneis,
tomadla, pues bien sabeis
que no sé cantar mejor.

—

Trova teneis merecida,
tal que cause envidia el vella;
mas á esta, por vuestra vida,
lo que le falta de bella
la tiene de bien sentida.

Á UN POETA SEPULTADO.

IMPROVISACION.

.....
La patria ingrata, no vió
que Cervántes no cenó
cuando concluyó el Quijote.

N. S. SERRA.

SR. D. RICARDO ZAMACOIS.

Mi estimado amigo: Admitiendo la teoría del espiritismo, creo que Serra asistirá á veros y escucharos esta noche en que el Teatro de la Comedia celebra la solemne ceremonia de rendir un tributo al esclarecido talento del inmortal vate español, autor del *Don Tomás* y otras obras magistrales.

Tal ocasion no debe desaprovechar quien, como

yo, es uno de los ardientes admiradores del preclaro poeta que hoy lloramos.

Mas como la oscuridad de mi nombre me priva de presentarme entre vosotros, acudo á tu amistad nunca desmentida para que, haciendo caso omiso de los innumerables defectos que contienen los renglones desiguales que te remito, tengas la bondad de concederles el honor de la lectura. (1)

Me han dicho que ha muerto Serra:
no lo acierto á comprender;
á mi pobre parecer
puede haber vuelto á la tierra
pero no dejar de ser.

(1) A causa de no haberla recibido á tiempo el Sr. Zamacois, no pudo leer esta composicion el dia en que en el Teatro de la Comedia se rindió un justo tributo á la memoria del malogrado Narciso Serra.

El autor, sin embargo, no ha querido corregirla y la hace insertar como fué improvisada.

¡Pobre soldado! En su afan
de dar gloria y gerarquía
á la española Talía,
hasta le dejó sin pan
de hacer versos la manía.

—

¡Versos! Locura cruel
que con estrépito zumba
dentro del cráneo de aquel
que vá buscando laurel
para engalanar su tumba.

—

¡Pobre Serra! Si exhalar
quereis merecido canto
á su númen singular,
mojad la pluma en el llanto
que le visteis derramar.

—

Recordad aquel soldado
de las edades pasadas,
aquel *loco mutilado*,
entre lágrimas pensado
y escrito entre careajadas.

Aquel rey del heroismo,
que entre ropas mendicantes,
en su *guardilla* brillantes
fabrica y habla lo mismo
que pudiera hablar Cervántes.

¿Y qué alcanza, en conclusion,
quien hacer tanto ha sabido?
Un mendrugo ennegrecido
que le arrojó la Nacion
por no escuchar su gemido.

Cuando le vieron caer
en la calle de Sevilla,
dijeron á mi entender,
¡lástima! Y luego Castilla
se olvidó de su saber.

Él y Don Julian Romea,
que há tiempo descansa en paz,
diéronle á España solaz,
y aún la escena caldea
con ese artístico haz.

Las obras no nombraré
con las que ha hecho rico al mundo,
que fuera prolijo á fé,
Ricardo; sólo diré
que era un poeta fecundo.

Mas si tanto padeció
su espíritu en cuerpo inerte,
y de su mezquina suerte
todos los golpes sufrió
viviendo en perpétua muerte,

No es mucho logre alcanzar
cuando deja de existir,
una escena en qué imperar;
un mundo que despreciar;
y una historia en que vivir.

Díselo de parte mia;
dile que cuando él pensaba,
más de uno le envidiaría
al mirar que concluía
por donde Serra empezaba.

Dí que todo el que escupió
con envidia en el portento
de cuanto él imaginó,
vino á ensalzar su talento
cuando impotente le vió.

—

Y dile, en fin, ya que brilla
la razon que se desata,
que esta pátria que hoy se humilla
ante él, es la pátria ingrata
del loco de la guardilla.

LA GRATITUD. (1)

IMPROVISACION.

Hay una diosa modesta y pía
Que hizo su trono del alma mía.

Una figura inventada
Por la ardiente fantasía
De aquellos que la armonía
Del cielo sienten sonar:

(1) Leída en el teatro Martín, en la noche del beneficio del autor.

Un ángel inmaculado
Que vive dentro del pecho;
Invulnerable derecho
De los que saben amar.

Ruedan los mundos
Por los espacios;
Se hunden palacios
Corre la edad:
Pero esa Virgen
Que en mí reside
Siempre preside
La eternidad.

Quién soy yo? Un pobre poeta;
Eco vago de un sonido
Entre los ecos nacido
De una canción popular.

Un átomo que rodando
Por la esfera arrebatada,
Tiene su fin en la nada
Y su vida en un cantar.

Un pobre diablo que al mundo vino
Con ménos génio que buen destino.

Buen destino, porque al fin,
En este tiempo menguado,
Es el más aventurado
Quien gana un trozo de pan.
Por eso en el alma mia,
Llena de cristiana fé,
Siempre grabados tendré
A los que vida me dan.

Y aunque sufriendo,
Y aunque penando,
Y aunque llorando
Penas sin fin,
Yo por el mundo,
Pobre cristiano,
Voy de la mano
De un serafin.

—

Un serafin que se llama
Caridad ¡sublime nombre!
Que hace un arcángel del hombre,
Y de un mundo cristiandad.
Nombre que muchos escupen,
Sin ver en su orgullo insano,
Que es amparar á un hermano
Ganarse la eternidad.

—

Por el amparo, por eso vivo,
Y con orgullo, franco lo digo.

Yo os debo á todos vosotros
Mis glorias, mis alegrías;
Mis más venturosos dias;
Mis coronas, mi vivir.
¿Y cómo pagaros puedo
Lo que me pudisteis dar?
Si no lo puedo pagar
¡Ni aun con mi pobre existir!

Me habeis alzado
Sobre una cumbre
Donde la lumbre
Ciega del sol;
¡Caridad santa!
(Cristiana al cabo)

Digna del bravo
Pueblo español.

—

Por eso ensalzo altanero
Al que viviendo en grandeza,
Con verdadera nobleza
Se acerca el llanto á secar.
Dicen que todo es mentira,
Farsa, poema inventado;
Pero lo que yo he mirado
Nadie me lo ha de negar.

—

Yo siempre canto con noble aliento,
Pues soy más libre que el raudo viento.

—

En dichas ó en amarguras,
En dolores y pesares,
Mis miserables cantares
Siempre dicen la verdad;
Por eso en esta ocasion,
En álas de mi deseo,
Porque la siento y la veo
Ensalzo á la Caridad.

En los dinteneles
De mi guardilla;
Junto á mi silla;
Pegada á mí;
Y hasta si á veces,
Soberbio y ciego
De Dios reniego,
La encuentro allí.

Ella es la diosa de los espacios:
Los corazones son sus palacios.

—

Contra la pena tiene la fé,
Todo lo mira: nadie la vé.

—

Yo en vosotros la he hallado,
Y enternecidos mis ojos,
En lágrimas mis enojos
Deshicieron al llorar.
Y loco con los laureles
Que aquí me habeis arrojado,
Viene el pecho alborozado
Mis venturas á cantar.

—

Y es porque siento mi sér
De agradecimiento lleno,
Y hasta que vibre en mi seno
La última palpitation,
Público, ¡por Dios lo juro!
Léjos ó cerca de aquí,
Tendré abiertas para tí
Las álas del corazon.

EL AMIGO DE LA MUERTE.

En medio de cuatro cirios,
que antorchas son del quebranto,
y al alma infunden espanto
con su amarillenta luz;
sobre una mesa enlutada,
un cuerpo que vivo fué,
en un féretro se vé
tendido al pié de la cruz.

—

Del muerto á la cabecera,
su eterno sueño velando,
duerme el guardian, esperando
la aurora que ha de llegar;
hombre de la muerte amigo,
siempre va en su compañía,
temiendo el aciago dia
en que le quiera dejar.

Espía del moribundo
lleva la mortuoria caja,
y poner una mortaja
al cadáver, es su afan;
que muera pronto el enfermo,
para este hombre es necesario,
porque envuelto en un sudario
de sus hijos lleva el pan.

No tiene otros pensamientos
que la muerte y la agonía,
pues cada muerto le envía
el sustento de su sér,
Mercenario de la Parca,
si se lo pagan implora,
y más sin sentirlo *llora*
cuanto más le ha de valer.

—

El eco triste
de hondo gemido;
el alarido
que dá el dolor,
son para el pecho
del centinela
que al muerto vela,
leve rumor.

—

—Para las penas
el tiempo sobra,—
se dice,—cobra
tu galardón;
que esos ajenos
duelos prolijos,
son de tus hijos
la nutrición.

—

Por eso junto al cadáver
dormir á velar prefiere,
y no hay nada que le altere
en su oficio singular;
sabe que nadie le cela
y duerme en sueño profundo,
pues nadie quiere en el mundo
su destino contemplar.

—

Todo en la sombría casa
reposa en silencio grave;
sólo alguno que no sabe
el día en que ha de morir,
entra en la calle cantando,
y al distinguir un blandon
tras el abierto balcon,
no se atreve á proseguir.

Y al acelerar el paso
cual si alguno le siguiera,
despierta al hombre que espera
en breve al muerto dejar.
Alzase el guardian y dice,
al no verse sorprendido:
—Es un cobarde,—y dormido
vuelve otra vez á quedar.

Así transcurre la noche,
y con la luz de la aurora
vuelve á llorar el que llora
por lo que ha de abandonar.
Despierta la raza humana;
se abren puertas y postigos,
y luego van los amigos
aquel muerto á sepultar.

Y el de la muerte
fiel compañero,
toma el dinero
sin replicar;
á sus hijuelos
llévalo al punto,
y á otro difunto
váse á buscar.

—¡Impío!—dirán algunos
de aquellos que, adormilados,
se acercan allí obligados
por las leyes de amistad;
sin advertir que el dinero
que torna en duque al mendigo,
es el mayor enemigo
que tiene la cristiandad.

LA FUENTE DE LAS PALOMAS.

«Mas de esa fuente
non bebas agua,
que está por homes
emponzoñada.»

EGUILAZ.

¿Dónde van esas aves
madrugadoras,
que apenas en Oriente
luce la aurora,
tienden las álas,
tiñendo su plumage
de ópalo y grana?

—¿Dónde van, pastorcita?
—Dónde? A la fuente
que entre encinas y mimbres
sus perlas vierte;
pues ya se sabe
que de beber temprano
gustan las aves.

Sale el agua bullendo
de un gran peñasco,
y entre espigosa yerba
forma un remanso,
donde afanosas,
tempranito, á bandadas
van las palomas.

Como el agua está limpia
sabrosa y fresca,
y en estas alboradas
de primavera
da gloria el campo,
madrugo, y en la fuente
lleno mi cántaro.

Me gusta el olorcillo
que dá la grama,
y ver cómo se mueven
las espadañas
cuando se arriman
á su tallo, jugando,
las avcillas.

Mejor que en el espejo
que tengo en casa,
mi rostro retratado
miro en el agua.
Así me paso
la vida, hasta que vengo
por mi rebaño.

—¿Y nunca de esa fuente
tan halagüeña
el agua cristalina
beben las fieras?
—No; los pastores
que allí tienen sus chozas,
nunca las oyen.

—Pues no han de faltar lobos
por esos cerros.

—No tocarán la lana
de mis corderos.

—Guárdate, digo.

—¿Os hallásteis alguno?

—Los adivino.

Tampoco que allí vaya
quiere mi madre.

—¿Y cómo sus deseos
no satisfaces?

—¡Soy tan dichosa
cuando voy á la fuente
de las palomas!

—Que los cielos te amporen,
linda serrana.

—Adios, buen caballero.

—Que no te traiga
la suerte enojos;
gemidos á tu pecho;
llanto á tus ojos.

—

De ese líquido espejo
donde te miras,
nunca escarben el fango
fieras malignas.
Nunca á la sombra
de su enramado borde
falten palomas.

—

.....

Ya las aves torciendo
su vuelo raudos,
al agua no se acercan
de aquel remanso.
¿Qué ha sucedido?
¿Por qué tú también huyes
de aquellos sitios?

Lloras y no respondes,
pastora bella;
¿cuáles son las desdichas
que así te apenan?
¿No eras dichosa
al borde de *la fuente*
de *las palomas*?

—¡Ah! señor, ya no hay rosas
en esta cara;
las ha deshecho el llanto
que vierte el alma;
y á todas partes
va conmigo *la fuente*
de los pesares.

—

Lo mismo que saliendo
de aquel peñasco
el agua detenida
forma un remanso,
de aquestos ojos
sale el llanto que forma
rios de enojos.

—

Un día (ya hace de esto
cerca de un año
y cada sol se aumenta
más mi quebranto),
un negro buitre
se presentó, saliendo
de entre los mimbres.

—

Huyeron las palomas
desparramadas;
pero el buitre clavando
sus fieras garras
en una de ellas,
hambriento hacía el espacio
llevó su presa.

—

Del ave de rapiña
las negras alas
tornaron de la fuente
rojas las aguas.
Llena de espanto,
volvíme con los ojos
llenos de llanto.

—

Cuando en aquel espejo
volví á mirarme,
ví en mi cara el estrago
de mis pesares,
y á esa bandada
hácia otras alamedas
tender sus álas.

—

Ya me asusta el murmullo
del cristalino
manantial, que llenaba
mi cantarico.

Triste, llorosa
tengo miedo á *la fuente*
de las palomas.

.....

.....

—Que los cielos te amparen
triste serrana.

—¡Ay! ¿por qué he despreciado
vuestras palabras?

—Nunca la dicha
se aprecia hasta el instante
de ser perdida.

Si á esa fuente bajasen
tus compañeras,
procura que se alejen
de sus laderas.
Que hay en los cerros,
esperando á su presa,
buitres sangrientos.

—

Muéstrales lo amarillo
de esas mejillas
donde rosas brillaban
de Alejandría.
Dí que esas rosas
se han ahogado en *la fuente*
de las palomas.

RONDALLA.

Siempre Mevas una cruz
adornando tu garganta;
sin duda con eso buscas
que te perdonen tus faltas.

Nadie se acerca á la fuente
que el rudo tiempo secó;
desde que he venido á ménos,
¡qué solo en el mundo estoy!

Una mañana, de pronto,
ciego me dejó el amor;
pero luego el desengaño
la vista me devolvió.

¿Una rosa entre la arena
y tú derramando llanto?
No llores, que si te ha herido,
tú la vida le has quitado.

Azules fueron tus ojos
y ahora veo que son negros;
eso debe consistir
en que no miras al cielo.

¿Cómo vuelves á tu casa
tan fatigada y tan tarde?
Cualquiera imaginaria
que se ha dormido tu madre.

Si quieres que no te den
tus amores desventura,
procura agarrarte bien
á la sotana del cura.

Ayer contemplé dos cosas
que formaban buen contraste;
una rondalla en tu puerta
y el sepulcro de tu amante.

No esperes tanto al galan
que te acompañó el domingo;
se ha marchado con tu amiga
á la fuente del olvido.

Muchos floridos Abriles
te asomas á ver pasar,
pero ninguno se acerca
tus flores á retoñar.

¿Ves si es difícil que el diablo
vuelva á la gracia de Dios?
Pues aun más difícil es
que vuelva á quererte yo.

Mira si estaré sufriendo;
mira si tendré pesares,
cuando se ha muerto mi amor
y está espirando mi madre.

¿Cómo quieres que yo vuelva
á tus puertas á cantar,
si tú no me fuiste á ver
enfermo en el hospital?

Me acuerdo de que has tenido
tres novios á un mismo tiempo
y te has quedado soltera;
bien sabe Dios que me alegro

Á LA MEMORIA DE UN HÉROE.

«1.º de Noviembre.»

Callen del mundo las armonías;
suspenda el hombre sus alegrías,
para que se abra paso mi acento
por entre el seno del raudo viento.

—

Cuerdo entre locos,
loco entre cuerdos,
de los recuerdos
soy narracion.

Y ante las losas
del Campo santo
evoco el llanto
de una nacion.

Soy el que llevando en sí
la vida de la memoria,
de los héroes la gloria
recuerdo á la humanidad.
Y sordo al soberbio grito
de las humanas pasiones,
libre, esclavo ó en prisiones,
canto siempre la verdad.

Hoy que la tierra, con negro velo
cubre la parca, descienda al suelo
la voz augusta de los finados
por el Eterno glorificados.

.....

¡Pueblo noble y leal! Pueblo valiente;
crisol de la hidalguía:
infortunado pueblo cuya frente
un tiempo coronada se veía
por la lumbre solar; ¡oh pueblo bravo!
que hiciste al sol de tu dominio esclavo.

—

¡Surge del vergonzoso cataclismo
en que te ves! América te nombra
con desprecio, tu gloria, tu heroísmo:
todo yace en la sombra!
No hay quien tus ayes de dolor atienda;
todo lo arrolla la civil contienda.

—

¡Oh Dios! por todas partes
luto y desolacion, ruina y espanto:
¿qué se hicieron tus ciencias y tus artes?
De pátria y libertad el grito santo,
ya con noble ardimento no retumba:
¡ya no hay vida feliz ni honrada tumba!

¿Qué fué de los Guzmanes? ¿qué del hierro,
del vasco prepotente
que hiriendo sin cesar de cerro en cerro,
acorralando á la morisca gente,
sus tocas arrojó desde la helada
cumbre del Pirineo hasta Granada?

¿Qué se hicieron tus ínclitos varones?
¿En dónde está el esfuerzo soberano
de aquel moderno Cid que tus pendones
hizo besar al bárbaro africano?
¡Dí! ¿qué has hecho de aquel cuya arrogancia
paró en tu nombre la altivez de Francia?

¡Desventurado! clamas angustioso:
¡desventurado tú, que le has perdido!
Ya el soñado reposo
en el silencio del dolor se ha hundido,
y el crimen perpetrado
¡cuánto bien! ¡cuánta paz nos ha robado!

¡Tú recibiste la mortal herida!
¡Oh! ¡España desdichada!
Él no, porque del héroe la vida
es del martirio la inmortal jornada.
Muriendo nace quien alcanza gloria,
el mundo de los génios es la historia.

¡Oh gran coloso! A hierro morirá el impío
que imaginó matarte.
Cáusame horror su porvenir sombrío:
pues si la gloria quiso arrebatarte,
él se hundirá ignorado en el Averno,
y ¡tú ya eres eterno!

EL REO.

Que sin pena ni cuidado
los hombres oyen gritar:
*¡para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar!*
ESPRONCEDA.

I

En un hediondo lugar
de la cárcel de la Villa,
y á favor de la amarilla
luz del cirio aterrador,
junto al negro agonizante
que murmura, bostezando
su oracion, agonizando
se vé al social ofensor.

El sueño, rinde del cura
la vieja naturaleza,
y la arrugada cabeza
inclinando á su pesar,
muere en él el sentimiento;
se apaga la compasion,
y dormido el corazon
no sube al lábio á rezar.

El centinela que guarda
el espacio maldecido,
junto al quicio ennegrecido;
apoyado en el fusil,
peleando con el sueño
que no quiere abandonarle,
pide que pronto á sacarle
vengan de su oficio vil.

Y duerme el juez en el lecho
adquirido con su ciencia,
y la voz de la conciencia.
en vano quiere sonar.
La sociedad ha pedido
el castigo de un malvado,
y el íntegro magistrado
fué severo al sentenciar.

—

Y el opulento monarca,
arrebujado en el lino,
no teme por su destino,
soñando con la ambicion.
Y más de un prócer reposa
satisfecho, y abrigado
por el tapiz arrancado
al oro de una nacion.

—

Y duerme el ladron astuto
que roba al menesteroso,
sin que de su nombre honroso
llegue nadie á sospechar.
Duermen el triste y el pobre,
y el enfermo y el mendigo,
y hasta duerme en un postigo
el que cobra por velar.

.....
Sólo, atónito el reo suspira
sin que el sueño le venga á vencer,
halagando su mente insensata
con los gratos recuerdos de ayer;
sin que á su oido
llegue el ronquido
que del Cristo presente á despecho,

con plácida calma, con lento rumor,
lanza del pecho
el aliento del fiel confesor.

—

Sóla, en llanto sangriento empapada,
ronco el pecho de tanto gemir,
se desgrena y retuerce una madre
la vida pidiendo ó ansiando morir.

De la venganza,
de la esperanza,
á un tiempo en su seno resuena la voz,
á un tiempo quisiera reír y llorar:
pero veloz
se acerca la parca su mente á pasmar.

—

Solo, frente á la negra capilla,
cual eco lejano de humano pesar,
se escucha de un perro que vela en la sombra,
la voz angustiada que incita á llorar.

El lastimero,
fiel agorero,
anuncia la muerte, con triste quejido,
de aquel que agoniza del rezo al rumor:
y aquel aullido
á más de un enfermo le causa terror.

Solo, vela contando el verdugo
entre dientes, con hórrido afan,
el dinero que al rostro le arrojan
los que vida en las leyes le dan.

Hombre inconsciente
solo presente,

cuando un hombre al cadalso ha de ir,
el dinero que le ha de valer.

¿Qué ha de sentir
si en la argolla se nutre su sér?

.....
El reo entre tanto,
ya rendido al poder de su suerte,
derrama su llanto,
Ya rebelde al horror de la muerte,
que mira cercana,
ataraza sus manos violento
pensando en mañana,
presa el alma de enojo sangriento.

Ora cual fiera enjaulada
se retuerce encadenado,
y lanza del pecho airado
una y otra maldicion.
Ora cual loco furioso
que se contempla impotente,
inclina al pecho la frente
y pide al mundo perdon.

Ya ruge ó suspira,
pensando en la aurora que no ha de tardar.
Ya duerme y delira
soñando que el prócer le viene á indultar.
Y al cuello materno,
tendiendo los brazos que el Rey desató,
del hórrido infierno
se aparta, en que tantos tormentos sufrió.

Pero ¡ay! que al sentir el beso
de su madre desdichada,
le despierta la arrugada
mano de su confesor.
Y otra vez se mira dentro
de aquel recinto sombrío,
y siente en su cuello el frío
del garrote vengador.

Y al lábio sediento,
que ya de su madre libaba en la boca
feliz sentimiento,
de un Cristo de hierro la imágen le toca,
mostrando al cuitado
que el alba se acerca, la noche á ahuyentar;
que va á ser llegado
el minuto en que le han de matar.

Pronto mirará cumplida
la sociedad su venganza;
ya agoniza la esperanza
del reo en el corazón.
Ya suena la hora fatal
en el reló de la torre;
ya desatinada corre
la gente á la ejecucion.

II

LA CARRERA.

Ni una sola nube empaña
el limpio azul de los cielos,
y el astro rey derramando
sobre la tierra su fuego
en tan brillante mañana,
á su paso va esponiendo
de la alegre primavera

los múltiples ornamentos;
germinan las florecillas
recortando el verde suelo,
vístense de blanco y rosa
las ramas de los almendros,
y por boca del arpado
ruiseñor, se oye á lo lejos
la voz de la primavera
alabando sus trofeos.
Ya en el miserable hogar
de artistas y jornaleros,
no tiemblan los pobres niños
bajo el manto del invierno.
Ya la esperanza renace
en el pecho del enfermo;
el pobre desheredado
halla trégua á sus tormentos;
frutos le ofrecen los campos,
la yerba le presta lecho,
y la enramada arboleda,

sombra y cobertizo á un tiempo.
Hasta pegado á la reja
sonríe el rostro del preso,
que ha de gozar tanto bien
cuando se rompan sus hierros.
Todo convida á vivir;
por eso afanoso el pueblo
lanzáse en masa á la calle
animado y placentero.

.....
.....


Y olvidando que circula
humana sangre en sus venas,
y dejaron las cadenas
del sueño, para llegar
á ocupar el primer puesto
en la fila de insensatos,
más de cuatro mentecatos,
así suelen exclamar.

— «Gracias á Dios! allí viene,
«ya salió de la capilla,
«ya suena la campanilla,
«¡cuanta calma! qué sufrir!


«Qué lluvia de pisotones,
«qué miserable deseo
«de venir á ver ua reo
«á quien llevan á morir.

«Esta desalmada turba,
«abandona hogar y cama,
«y acude á este horrible drama
«cual si fuera un entremés:—
y en tanto que así repite
el estigma del cristiano,
impaciente se alza en vano
sobre sus cansados piés.

Y las oleadas crecen
de aquel público egoísta
que se pierde ante la vista
como en el éter el mar,
ansiendo por puntos, ver
la triste cara, angustiada,
al apetito arrojada
del deseo popular.



En tanto avanza el cortejo
con lentitud tan cruel,
que el reo parece en él
todo, ménos criminal.
La voz de los sacerdotes;
el bronce que muerte augura
y la sombría figura
del ejecutor fatal;



Y aquel inmenso gentío
que se estruja en la carrera,
cual si de un hereje fuera
de la justa muerte en pós,
tal le turban, que olvidando
la misericordia eterna,
la triste mirada tierna
torna en fiera y niega á Dios.

Mas los contínuos clamores
del sombrío agonizante,
le hacen pensar otro instante
en su eterna salvacion;
y al ver el amargo llanto
que se escapa de sus ojos
se despiertan los enojos
del pueblo en el corazon.

Y más, cuando á semejanza
del rayo que desprendido,
produce el tonante ruido
que viene la sangre á helar,
de entre aquella muchedumbre
sale un lamento y un nombre,
¿Quién es? La madre del hombre
á quien llevan á matar.

¡Oh, qué horrible desventura!
Preciso es que en la jornada
no se le perdone nada
á quien al palo ha de ir,
y lo mismo que la encina
que rasga el viento veloz,
al eco de aquella voz
siente sus venas crugir.

"De prisa, padre, acabemos
este martirio horroso,

"si no quereis que rabioso
"perezca en la maldicion.
"¡Piensa en Dios! pronto á la muerte,
"¡Pronto! padre, porque siento
"que ese maternal lamento
"amengua mi contricion.

"Esa inmensa muchedumbre
"que hace de lastima alarde,
"ese es el mundo cobarde,
"que al contemplar mi dolor,
"se estremece, y aterrado
"no me quiere consentir
"que le de un beso al morir
"¡á la madre de mi amor!

«¡Piensa en Dios!—Gracias al cielo,»
—dice el pobre criminal,—
y aquella grada fatal
sube ya sin la razon.
Y el hombre de la justicia,
sordo á las voces del alma,
prepara con fria calma
la asquerosa ejecucion.

¿A qué tanta ceremonia?
Inútil crimen por cierto,
es darle garrote á un muerto
que sin sentido palpita.
No importa, hay que agarrotarle
atado al palo manchado
en sangre de otro cuitado.
Maldita pena ¡¡maldita!!

Ya está amarrada la fiera
con el Cristo entre las manos;
ya perdona á sus hermanos,
ya falta á sus ojos luz.

.....

¡Creo en Dios! ¡crujen los huesos!
y en horrible contraccion
la postrera convulsion
hace pedazos la cruz.

—

Sociedad, ya estás vengada;
ya se acabó la funcion;
ya la inmensa reunion
espantada huye de allí,
pues oye: *No huyas, Cain,*
—yo maldigo tu delito,
y siete veces maldito
quien ponga la mano en tí

EL CASTILLO FEUDAL.

En la colina de un valle
entre montes escondido,
se alzan las negras murallas
de un arruinado castillo:
yace su foso cegado
y su puente destruido;
carcomida la poterna;
desmoronado el rastrillo,
y en los altos ogivales
donde mostraban su brillo,
dardos, almetes y petos

aguardando al enemigo,
hoy las aves de rapiña
paso encuentran á sus nidos.
Los dorados artesones
á un tiempo orgullo y abrigo
de góticos camarines
ó aposentos bizantinos,
yacen entre el verde musgo
por la humedad carcomidos.
Donde pregonó el blason
toda la gloria de un siglo,
coronando el rico lecho
de más de un príncipe altivo,
hora huyendo de la ley,
buscando escondite amigo,
y ahuyentando á los reptiles
se cobijan los bandidos.

Por delante de esos muros,
el aldeano tranquilo,
su yunta conduce al campo

al son de cantos sencillos;
ya no halla eco en su cabaña
de los guerreros el grito,
ya no abandona el pastor,
por la ballesta el aprisco;
ya de aquellos murallones
relegados al olvido,
no se ven salir magnates
de viles siervos seguidos;
mas aún en las trasnochadas
breves de Enero sombrío,
de la agorera corneja,
al escuchar los graznidos,
junto al hogar agrupados,
de miedo tiemblan los niños,
oyendo contar un drama
de aquel vetusto castillo.

II

De esa mansion criminal
que á los villanos arredra,
vieja página de piedra
del privilegio feudal.
De ese arruinado castillo,
por un postigo salia
en una noche sombría,
un señor de horca y cuchillo,
Zumbaba con furia el viento,
por el torreón cortado,
como si de aquel malvado
maldijera el pensamiento;
y las nubes arrastradas
por el cielo, parecían
blancas vírgenes que huían
al ruido de sus pisadas.
Como la hiena que goza,
al ver su presa cercana,

llegó aquella alma villana
á la puerta de una choza,
Salió á abrirle un labrador
que aquel dia, alborozado,
en lazo eterno y sagrado
uniera á un ángel su amor.
Al ver al noble, su pecho
se sintió desfallecer;
el tirano iba á ejercer
su más infame derecho.
Llorando, angustiada, loca,
una mujer se arrojó
á sus pies y suplicó...
pero el vil era una roca.
El labrador entre tanto
quejas dando al horizonte
por lo intrincado del monte,
metióse á ocultar su llanto.

.....

Del dia al primer albor,

contento de su proeza,
entraba en la fortaleza
el altivo burlador.
Dejémosle en su aposento
satisfecho descansar,
mientras vamos á buscar
el término de este cuento.

.....

Aún el año no cumplido,
de los astros al fulgor,
á la puerta del señor,
llamó el villano ofendido.
Era profunda su pena:
por eso entrar le dejaron,
y al otro día le hallaron
derecho al pié de la almena:
su venganza á tanto mal,
remedio honrado no halló

y al barranco se arrojó
desde el más alto ojival.

.....

—

Pocos instantes despues
á la cabaña llegó
el noble, pero no halló
una doncella á sus pies.

—

Sino que desde el umbral
vió sobre el lecho infamado,
una mujer, traspasado
el pecho por un puñal.

—

Y en horrible desaliño
junto al cuerpo acusador,
ayes daba de dolor
medio moribundo un niño.

Huyó del valle el maldito,
autor del crimen nefando,
y aún su espectro va contando
por el mundo su delito.

.....
Y al ver las noches llegadas
aquel castillo ruinoso,
puebla el eco pavoroso
de infernales carcajadas.

A. S. M. LA REINA
D.^a MARÍA MERCEDES DE ORLEANS.

CON MOTIVO DE SUS REGIAS BODAS.

Señora, un aragonés,
con ideas algo extrañas,
y que se sabe que es
más libre que sus montañas,
se pone hoy á vuestros piés.

No viene á arrojaros flores,
porque vos sois la señora
de todas las que atesora
el jardin de los amores
cultivado por la aurora.

Pero sí os quiere pedir,
pues sois de la paz el sol,
que os digneis un punto oír
lo que se atreve á decir,
un liberal español.

Hoy que la pátria pregona,
de la virtud el blason,
en vuestra régia persona,
olvidad á la corona
y atended al corazon.

Pues que grande lo teneis,
vuestra amorosa mirada
en lo que veis no fijeis;
pensad que al fin queda en nada
todo ese esplendor que veis.

Ese es el mundo ideal
que cuando niños soñamos;
es la careta oficial;
es la luz artificial,
tras la cual ciegos quedamos.

El honrado labrador
que hoy os viene á festejar,
no trae galas de esplendor
que poderos arrojar:
solo os ofrece su amor.

Mas decir puede en su abono
y en pró de mejor fortuna,
que á pesar de su abandono,
hoy bendice vuestra cana
y saluda vuestro trono.

Será una oferta villana
la que aquí viene á ofreceros;
mas vos mirareis humana
que se ha gastado por veros
el jornal de una semana.

Ved que tras duelos prolijos
llega el pueblo apresurado,
en vos sus deseos fijos,
porque en vos vé asegurado
el porvenir de sus hijos.

Haced que la angustia cese
de este desdichado suelo;
ved su legítimo anhelo,
y en vos la corona pese
ménos que la ley del cielo.

¡Oh, mi regia soberana!
Ese esplendor, esa luz
que hoy vuestra boda engalana,
el hambre en negro capuz
puede envolverlos mañana.

Por eso, hoy á vuestros piés,
con la más noble humildad,
cumpliendo como quien es,
viene á decir la verdad,
este pobre aragonés.

Á LA PATRIA.



¡Oh pátria, escúchame, que no en mi lira
resuena adulator el pensamiento,
ni rindo vil tributo á la mentira.
Del gozo popular en el acento,
y fuera del dominio del quebranto,
motivo halla mi aliento
para exhalar del pecho enardecido
las voces de mi canto.
Disculpe tu grandeza mi arrogancia,
¡Patria inmortal! pues á tu fama unido,
de tus triunfos celebro la constancia;

por gloriosos trofeos sostenido
sobre la inmensa tumba de Numancia.

¿Mas cómo podré osado
tu oído profanar? Cómo altanero
subir á tí para ensalzarte quiero,
si por tu inspiración no soy guiado
hasta el dintel de la mansión de Homero.
Fáltame el plectro de oro,
del genio colosal la valentía
con que el griego, de Esparta difundía
el bélico heroísmo, y el tesoro
de sublimes acentos, la elocuencia
de poética ciencia,
con que su lira Píndaro pulsaba
y de Grecia en el alma penetraba.

Apenas puedo proseguir las huellas
con que señalas tu inmortal camino;
oye y deten un punto el torbellino
de hazañas que atropellas:
contarlas quiero todas... mas en vano!

¿Cómo pudiera el pensamiento humano
el número contar de las estrellas?

¿Quién la empresa titánica impulsara
del numantino acero?

¡La pátria mia, que al airado y fiero
enemigo los pasos atajara,
ante el bélico impulso formidable
del que roto en pedazos el acero,
del hambre á los rigores
su generosa sangre soltó airado
asombrando á sus mismos opresores.

¿Quién al paso altanero
valla puso del belico romano,
y con ardor guerrero
inflamara al valiente Lusitano?
En perenne campaña
has pasado los siglos,
hasta arrojar la saña
del árabe, al Estrecho ensangrentado,
la sed calmando de la ardiente arena

ansiosa de la sangre sarracena.

¡Salve, escelsa matrona!

que de tantos laureles coronada,

al peso colosal de tu corona

te mostraste agobiada,

teniendo que buscar un nuevo mundo

para sosten de tu valor fecundo.

La Lívica region cruzaste airada,

llevando al catalan hacia el tirano,

y por el ancho oriente encaminada

del almogavar la nervuda mano,

del esclavo rompiendo las prisiones,

difundiendo el espanto en las naciones,

eternizó de España el poderío

esclavo haciendo al mundo de su brío.

Y era tal el ardor de la guerrera

raza al tremendo embate decidida,

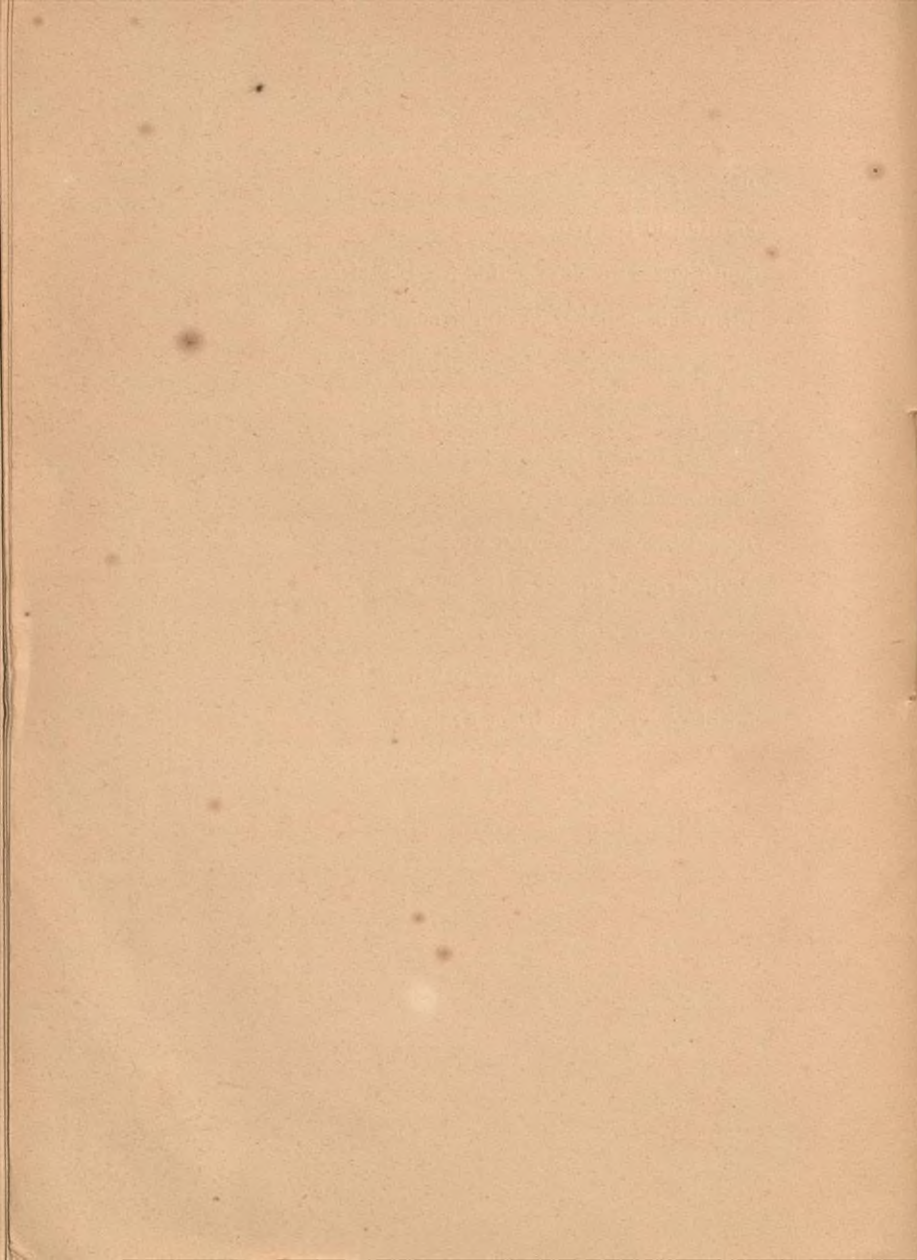
que despreciando el riesgo de la vida

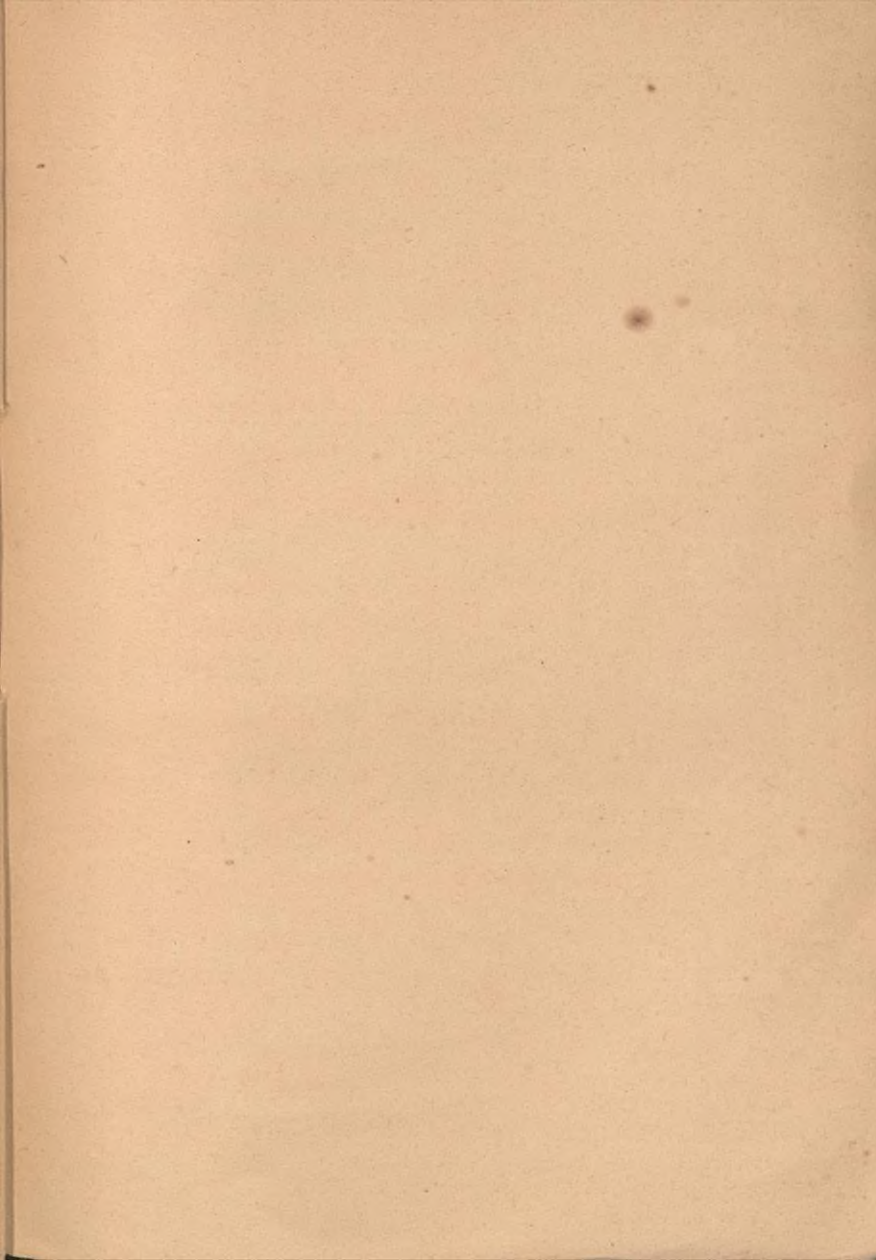
la tierna compañera

del guerrero inmortal, enardecida

de los fuertes varones
siguiendo los pendones,
pendientes de sus pechos los hijuelos
les daban á beber la sangre ardiente
de aquella invicta formidable gente.

Del mundo terrenal fija la vista
en Alfonsos y Jaimes y Fernandos,
monarcas venerandos
que á la hispana conquista
dirigieron ejércitos y bandos,
aun el asombro abarcas
del orbe que tu nombre celebrado
en el disco del sol mira grabado.





100
PUNTOS DE VENTA.
—

En la calle de los Caños, núm. 1, y en las principales librerías, al precio de

8 REALES.

170
(Leng 1847)

